



Primer premio del XIV Certamen  
de literatura «Miguel Artigas»

## Antonio Carballo Calderón

Economista de profesión, Antonio Carballo, cubano con residencia en La Habana, se vuelca exclusivamente en la literatura desde inicios de 2003. Incursionando primero en el cuento corto obtiene al año siguiente los premios Jara Carrillo, de Murcia, y Manuel Llano, de Cantabria, en las modalidades de relato y libro de relatos respectivamente. Tras un período de dedicación a la novela gana en este género el II Mario Lacruz en 2006 y el Ciudad de Jumilla 2007.

Fruto de estos premios ha publicado los libros Miserias escogidas, Editorial Pre-Textos 2005 y Adiós, camaradas, Funambulista 2007. Así como La tenista rusa, Ayuntamiento de Jumilla. En la Feria del Libro 2012 de La Habana se presentó el libro Ni más ni menos gordas, Editorial Extramuros, antología de relatos donde se incluye su cuento El año de los ciclones griegos. En 2014 resultó ganador del Primer Premio de Relato de la Comunidad Havana Streetview y del XIV Certamen de relatos ‘Miguel Artigas’ de Teruel.

En 2015 se ha publicado en Viena, en traducción al alemán, su relato Mercedes versus nadie, formando parte de una antología de cuentistas latinoamericanos y en el propio mes ha obtenido el Primer Premio XV Certamen de Relato Breve Alfonso Martínez-Mena por el cuento El cráneo de Adolf Pözl.

# El libre albedrío del cartero

Antonio Carballo Calderón

Muy atentamente, cerrando el ojo malo con el que sólo veía en blanco y negro, Indalecio escrutó la misiva del servicio postal al cartero de Muyremoto del Sur. O sea, a él. Tenía un sexto, y hasta un séptimo sentido para adivinar el sino de una carta. Ésta, sin duda, le parecía absolutamente fatídica y mal llegada, pérfida como las mujeres de la vida cuando pretenden engatusar a un desprevenido. La volteó varias veces y se confirmó en sus presagios; demasiado indemne, pulcra se diría, para haber atravesado tanto camino polvoriento. Cerró el ojo que veía en colores y abrió el otro, mucho más eficaz para apreciar los detalles del relieve. Mala cosa. La misiva la había manipulado una mujer. Lo sospechaba, porque ya antes su olfato advertía ciertos efluvios femeninos. Ahora, el pegado de la carta, tan minucioso y limpio, disipó cualquier duda. Y la presencia de una *dama* en los trajines postales era la señal irrefutable de la decadencia generalizada de los tiempos.

Miró la pila formada por todas las cartas y documentos recibidos, y negó enérgicamente con la cabeza. Estaba sudando y despeinado, cosas rarísimas en su porte; no sólo por su natural donaire de hombre flemático, sino porque consideraba una obligación mantener una presencia impecable, marcial la calificaba en sus habituales meditaciones. El oficio de cartero siempre había supuesto para él una especie de apéndice o corolario de las funciones militares.

—¡Eulalia! —gritó a todo pulmón—. ¿Qué ruido haces ahí?

Esperó unos segundos, hasta que al fin escuchó la desesperadamente morosa respuesta de su mujer, pidiendo perdón por molestar. Estaba convencido que se movía en la cocina para perturbarlo, para recordarle de algún modo su eterno cautiverio. «¡Enferma!», maldijo, y regresó su atención a la carta de marras.

Las pocas veces que los de correos se dirigían a él, ni siquiera se molestaban en gastar sobres. Un simple papel doblado al medio bastaba para decir lo poco que de hecho decían: cambios en los embalajes, otra frecuencia de entrega, un minúsculo aumento en la paga. Tampoco pedía más, en absoluto; lo suyo eran las misivas y sus destinatarios. Cabalgaba muchos kilómetros todos los martes y jueves hasta encontrarse con los presuntuosos jóvenes de las entregas, embutidos como generales en el nuevo automóvil negro que había reemplazado al carruaje de toda la vida. Simplemente, como si no los viera, llenaba sus alforjas firmando con una cruz el comprobante en la casilla de *recibido*, sin mirarlos a la cara y tras el más parco de los saludos.

Sombrío, despejó la mesa de trabajo de toda presencia que no fuese la epístola sospechosa, y se dispuso a abrirla. Ni cirujanos ni científicos habrían puesto mayor énfasis y concentración en la ceremonia. Hundió la daga en el costado izquierdo del sobre y cortó limpiamente, de una sola vez. Extrajo entonces un pliego de color azul claro y enseguida divisó, escrita con abundantes caracteres barrocos, la palabra *felicitaciones*. Respiró aliviado. No quería loas, más bien no las necesitaba, pero nadie podía negarle su ejecutoria intachable, su exquisita consagración al reino de las palabras viajeras.

Inflamado de orgullo, continuó la lectura, y bajó sus ojos desleídos por el texto sintiendo el sopor de los suicidas arrepentidos. La carta no se dirigía a él, por cierto, sino a todos los pobladores de Muyremoto del Sur, a sus autoridades y al colegio de ancianos ilustres. La carta felicitaba a todos porque, oh desgracia innombrable, muy pronto dispondrían del... ¡teléfono!

Náuseas, boca reseca, visión negra en el ojo bicolor y roja en el cromático. Indalecio, el cartero, creyó morir abatido por la noticia falaz. ¡¿El teléfono?! Ya lo había visto dos veces en la ciudad en sus últimos viajes. La primera, colgado justo al lado de la oficina de correos; solo, triste y literalmente escupido por la indiferencia municipal. Sus formas y el color negro le recordaron entonces la fisonomía repulsiva de las aves rapaces. Oyó algún comentario acerca de una línea que nunca acababan de instalar, pero no quiso saber más. El bicho oscuro era un nuevo enemigo sobre la faz de la tierra, lo mismo que las serpientes, las arañas peludas o su mujer. En la segunda ocasión, las peores sospechas se confirmaron de forma atroz. Un tumulto vulgar y exaltado hasta el delirio se arremolinaba junto al vil aparato.

Cruzó entonces entre los fariseos (en su mayoría *fariseas*) con la arrogancia de una solterona que atraviesa los puestos de una feria de putas, y se plantó frente al supervisor postal, un tipo casi ciego a quien conocía desde la infancia. No obstante la miopía embotellada tras los gruesos lentes, el anciano y él se fundieron en la más desoladora mirada. Mustios, absortos en su desgracia, parecían dos condenados a muerte escarnecidos por la horda morbosa, ávida de la sanguinaria modernidad.

—Indalecio —balbuceó el supervisor con la voz quebrada por el sentimiento—, quién nos iba a decir que una cotorra negra de bakelita nos jubilaría en un dos por tres —gimió más que decir el supervisor.

Y le entregó el nuevo y reluciente cuño que debía clavar (así lo pensó el cartero) en la superficie de los sobres y los sellos. Un viejo invento para bautizar oficialmente la correspondencia en el mundo agonizante de las cosas que tardan, pero consiguen llegar a su destino.

—Se acabó la magia de las cartas —continuó el anciano, más ciego aún por las lagrimas en sus ojos—. Es mucho más profano y divertido galopar con la lengua que afanarse en una linda caligrafía. Indalecio no respondió. Tomó el cuño y la correspondencia, y fulminó injustamente al viejo con ojos recriminadores, como si aquel infeliz fuera el culpable de todo, el traidor que entrega a los sitiadores las llaves de la ciudad en ruinas. Volvió a cruzar entre el gentío fascinado por el nuevo aparato, y esta vez su gallardía fue empujada y pisoteada por el desorden frenético de la turba. Una clara señal de los nuevos tiempos que sobrevendrían por culpa del artilugio parlante.

Y ahora se hallaba prácticamente frente a los hechos consumados. El infame aparato negro latía ya como un feto baboso en el comunicado azul de la Administración de Correos. Para colmo, al final de la misiva, en un tono poco menos que humillante, le informaban que debería encargarse del teléfono hasta tanto personal calificado... «¡Enfermos!», barruntó iracundo.

Se tomó la cabeza con las manos y recostó los codos a la mesa. Seguía sudando, una fuerte migraña se acercaba a sus sienes con la cadencia de una banda de música llamando a los fragores de la guerra.

Imaginó el teléfono colgado a la entrada de su casa y a la gente del pueblo, que lo tenían poco menos que por un santo, desbaratando la espesa madeja que había tendido entre el mundo real y sus vidas aisladas en aquel lejano y olvidado pueblo del sur remoto. Escuchó los improperios y casi pudo percibir el vapor colérico que abrasaría su cuerpo al pasar entre sus paisanos detenido por la policía, encadenado cual un criminal sin escrúpulos.

Porque la verdad era que Indalecio Romero no sólo se había cansado de violar la correspondencia, de mutilarla y adulterarla a su antojo altruista, sino que, poco a poco y sin proponérselo en principio, sus intromisiones y desvaríos terminaron trasmutando la realidad hacia una fantasía tejida con los hilos aviesos de sus opiniones, con la seda brillante de su juicio acerca de la honorabilidad y conveniencia de los sueños triviales de la gente. Pensó de inmediato en Catalina, la ninfa del pueblo, a quien su mano severa condenase en su momento a permanecer para siempre en tan insignificante paraje, rescribiendo, en forma de amables negativas, las muchas aceptaciones enviadas a sus solicitudes de joven ambiciosa y segura de sus encantos, de mujer que espera triunfar valiéndose de las flaquezas del mundo pecaminoso.

Un segundo después, su mente pasó de la muchacha marchita al atribulado rostro de Emiliana, supuesta viuda y madre de tres igualmente supuestos huérfanos. Miguel, su impresentable marido, los había abandonado por una extranjera. La carta que éste les enviara notificándoles con crudo cinismo su desertión del hogar, fue suplantada por un solemne anuncio de suicidio, triste epístola donde Miguel se arrepentía de todos sus pecados y se reconocía indigno de una familia tan bella. Y así, una infinidad de trucos y regates para deformar a gusto la vida de sus paisanos.

Indalecio había negado becas y prometido pensiones. Poniendo el corazón en cada folio, los amores fallidos se convertían en inacabables romances a los que sólo la distancia impedían llegar al buen puerto de las consumaciones. Con asiática aplicación había aprendido a imitar todas las letras del pueblo, a tener en cuenta los giros y las muletillas, las imprecaciones y los apodos de cada cual. Lo mismo que un buen detective, guardaba minucioso archivo con la historia de los lugareños, copia incluida de las cartas originales y de las suplantadas. Era, en fin, el celoso filtro postal que protegía a sus congéneres de las devastaciones del progreso, de la ignominia de la historia y los accidentes del destino. Se veía a sí mismo como un zurcidor epistolar de las muchas chapuzas de... la Creación. Sí, a pesar de su enorme respeto por el Altísimo, tenía cada vez mayores sospechas de que en el mundo quedaban montones de cabos sueltos, una larga lista de gazapos pendientes de atención. Nunca había actuado por egoísmo ni para su propio provecho; excepto la natural simpatía que sus oportunas y eficaces apariciones provocaba entre los pueblerinos, y su íntima complacencia, ninguna otra recompensa colgaba de su cuello ni engordaba su bolsillo. Su sacrificio debía, por fuerza, resguardarse en el secreto.

Pero sabía muy bien, como buen escrutador de los misterios ajenos, cuán veleidosa puede resultar el alma humana. Viendo acercarse, en picada y vertiginosamente, al pájaro negro de la voz ficticia, estaba seguro de que concitaría el encono de todos, la visceral ingratitud de unos pobladores que sólo considerarían el engaño y no sus virtudes; los medios fraudulentos y nunca los fines gloriosos con ellos obtenidos.

Y todo, absolutamente todo, debido a que la primera, la primigenia epístola que entregara en su existencia de cartero —en otro pueblo y antes de casarse—, había causado una pena irreparable a



una buena anciana, conduciéndola a la muerte inmediata ante sus propios ojos. Era éste, y no otro, el origen traumático de las usurpaciones. Pero ¿cómo explicarles algo tan distante e íntimo? ¿De qué manera ilustrar el desasosiego producido por aquel lejano evento que acabaría lanzándolo a la impostura?

Más atribulado que antes por tan tristes reflexiones, alzó la cabeza y dirigió sus ojos enrojecidos al mapa postal del pueblo que yacía colgado en medio de la pared despintada. Cada día, y con un simple vistazo, aquel diagrama le permitía sumergirse en la perspectiva de la atiborrada madeja de tramas y subtramas, anécdotas y episodios, verdades, mentiras e híbridos alucinados de ambas que había urdido a través de los años. Una estúpida bomba telefónica destruiría aquel hermoso tinglado perfectamente atribuible a la pericia de antiguos amanuenses. No podía permitirlo, desde luego. Un hombre capaz de imitar las caligrafías de un pueblo entero, y asumir como propias las biografías de cada uno de sus habitantes, no sería derrotado por un miserable invento. Jamás.

Conmovido por su propia tragedia pensó en monopolizar el teléfono. Al fin y al cabo, lo nombraban su guardián. Se imaginó entonces repitiendo las frases de los interlocutores para salvar la urdimbre que constituía su reino de suplantaciones y, de inmediato, comprendió que sería imposible, impracticable por la naturaleza misma del repugnante artilugio, que pondría al descubierto todas las falsedades.

Angustiado en extremo, consideró la inmolación. Era, sin disputa alguna, un modo de situarse a salvo de la ira popular y poner fin a sus desdichas, que en cierto sentido venían a ser ahora las de todo

el pueblo multiplicadas cruelmente en su ser. Pero esto nada resolvía en lo tocante a los destinos ajenos, las historias que quedarían truncas y la indefensión de sus paisanos ante la invasión demoníaca de la realidad. La viuda ficticia y sus huérfanos por ejemplo, ¿cuánto sufrirían enfrentados a unos hechos mucho más amargos que la muerte? El viejo violinista, siempre a la espera de que una nueva orquesta aceptara sus obtusas composiciones. Y éste y el otro, y los que esperaban cartas de amor o que les publicaran ridículos versos...

Desesperado, seguía pensando en la muerte como única escapatoria cuando avistó un cirio esperanzador en medio de las tinieblas. ¿Cómo podrían comunicarse los del pueblo con el exterior, o viceversa, sin conocer los respectivos números de cada cuál? Sonrió; una sonrisa grande y luminosa como la primavera misma. Mientras él fuera el cartero, nadie acertaría jamás con el maldito teléfono, bien se encargaría en su momento de cambiar números o de omitirlos. Tenía, además, otros muchos recursos en sus manos adúlteras. Rumores, hechizos y supersticiones de todo tipo que podía atribuir al maldito engendro. Toda misiva que saliera o entrara a Muyremoto del Sur llevaría, de su puño y letra farsante, algún terrible denuesto en contra del intruso negro.

Feliz, florecido se diría, se levantó de la silla donde acababa de pasar el peor momento de su vida. Se peinó y se secó el sudor con una pequeña toalla que los días de mucho calor llevaba consigo al repartir la correspondencia. Hinchido de poder, volvió a mirar los objetos de su oficio: tijeras, abre-cartas, lápices, gomígrafos, estampillas multicolores... Con el mismo amor de siempre, envuelto en el regocijo de recuperar nuevamente su papel de autor ubicuo de tantas disímiles historias, se dispuso a continuar la obra perturbada. Pero antes, como hombre valiente que era, consideró añadir

un poco de sacrificio a sus previsiones. Estaba tranquilo respecto a las muchas y muy eficaces trabas de que disponía para convertir el infame teléfono en un pedazo de baquelita inútil. Mas, si conseguía demorar su arribo al pueblo todo lo posible, o impedirlo incluso, el futuro quedaría completamente despejado. Su ojo cromático se anegó en visiones rojas. Sangre, pensó, sangre para conjurar los demonios.

Salió con paso firme hasta la cocina, y sin decir media palabra a su mujer, entretenida con alguna costura en el cuarto contiguo, tomó el hacha de trocear huesos, colocó la mano izquierda sobre la tabla de picar y con un raudo y sólido golpe se cortó la primera falange del dedo gordo. Conteniendo el dolor en los límites de una grotesca mueca, ahogó un quejido y a duras penas se hizo un torniquete con su propio pañuelo.

Su mujer, alarmada por el ruido, se hallaba en el vano de la puerta, las cejas muy enarcadas y las manos en la boca. Sus pequeños ojos de rata asustadiza no conseguían apartarse del pedazo de dedo cercenado.

Indalecio regresó a su oficina sintiendo mareos, pero envuelto en un aura agridulce de mártir a prueba de mutilaciones. Depositó el trozo sanguinolento del dedo en un cenicero y se fue al archivo en busca del expediente del alcalde. Una de las caligrafías de más sencilla imitación en su prolongada ejecutoria de falsificaciones. Escribió, con semblante feroz y resoplando, la más airada protesta al servicio postal. Nadie en el maldito pueblo deseaba un teléfono. Ni una sola de las apacibles almas de Muyremoto del Sur quería sustituir la ilusión de las epístolas por semejante adminículo de mal

gusto y peor sonido. En prueba de la seriedad de sus propósitos, los furibundos pobladores habían cortado un dedo al cartero —lo cual podrían comprobar cotejándolo con el registro de huellas dactilares que el servicio guardaba de sus empleados—, y lo enviaban por correo certificado a título de prenda carnal irrefutable. ¡No al teléfono! Y firmó enérgicamente.

En dos días entregaría el dedo, ya seco, y la protesta a los jovenzuelos del automóvil. Ellos serían los primeros testigos de la supuesta conjura, y sus aterrorizados comentarios las primeras piedras de la leyenda.

—¡Teléfono a mí...! —bramó belicoso, mientras se disponía a repartir las cartas que ya estaban preparadas. Porque, oh simulación: ¡siempre tenía cartas disponibles! En sus ratos de ocio se entretenía en seguir el hilo ficticio de las vidas postales que constituían su esforzada imitación del oficio de Dios.

Entonces lo asaltó una premonición. ¿Podía seguir confiando en su mujer? Era la única persona de Muyremoto del Sur, y del mundo, que suponía algo turbio en sus actividades postales; seguramente ni imaginaba las cotas febriles adonde lo habían llevado sus desvaríos arácnidos, pero algo intuía tras sus dobles cerrojos en el cuarto de la correspondencia, sus enclaustramientos y los cambios de humor propios de un Dios clandestino y apocado en sus poderes. Y por otra parte, a esa mala obra de la naturaleza que una vez por semana le brindaba un hueco para desahogar sus flaquezas humanas, nada la complacía tanto como hablar con su madre. Ambas eran capaces de platicar durante horas y horas. Carecían de la gracia y la cultura para enzarzarse en el divino arte de un prolijo epistolario,

¡pero en lo que a mover la lengua atañía! Mejor ni pensar en esas dos perdularias provistas de uno de esos aparatos de hacer viajar la voz, el verdugo que la modernidad enviaba a decapitar las misivas, esas elegantes y parsimoniosas hijas de la inteligencia humana.

Abrió el cajón donde guardaba las cartas íntimas y buscó la última de su suegra. Una caligrafía verdaderamente tosca asaltó sus pupilas. «Maldita bruja», rumió mientras releía sempiternas quejas de la madre de su mujer. Sonrió maligno y dejó el papel un poco hacia la izquierda, abriendo espacio para una nueva falsificación. Mientras imitaba los burdos rasgos de la achacosa mujer, sentía su voz machacona en el interior de su cabeza, la escuchaba llorar por la desaparición inexplicable de su amada hija, «...que nunca llegó aquí desde Muyremoto, ni fue vista por ojo alguno en el camino». Se había mutilado a sí mismo la mano izquierda para salvaguardar la tranquilidad de sus paisanos. ¿Quién iba a reprocharle que sacrificase a su estúpida mujer en aras de una causa tan noble? Dejó pendiente tan sólo la fecha en que su suegra le pondría al corriente de la desaparición de Eulalia. La pulcritud en los detalles era la clave de su insospechado oficio de dios pueblerino.

Salió del cuarto y además de doble llave puso el candado de los martes y jueves. Había en él un aire estoico cuando se volteó, la cartera de cuero al hombro, la mano herida a la altura del pecho, la mirada firme en su rostro ceñudo. Su temerosa mujer bajó la cabeza al verlo, ni siquiera se atrevió a ofrecerle ayuda para mejorar el defectuoso vendaje que no terminaba de cortar la hemorragia.

Indalecio odiaba a su mujer desde siempre, pero formar parte de los destinos municipales la había salvado hasta entonces. Éso y una ingeniosa mentira. Como precaución adicional para enmascarar

su vocación furtiva, había mentido a todos en el pueblo acerca de sí mismo, declarándose iletrado. Sólo su esposa conocía su condición de bachiller, y era ella quien supuestamente le indicaba el destinatario de cada carta y quien le leía los comunicados de la oficina de correos. Le temía hasta el espanto y vivía de modo miserable a su lado, soportando sin chistar la prohibición de salir a la calle y recibir visitas. Irónicamente, la suya era la única vida de aquel pueblo que Indalecio no había diseñado a lo que consideraba gusto o conveniencia del propietario.

Ajustó en el hombro la cartera de piel, ya descolorida, y le lanzó una mirada gélida: junto con el teléfono iba a eliminar los cabos sueltos.

—Voy a repartir la correspondencia —siguió él, mientras veía en el espejo del comedor su aspecto impoluto, excepción hecha del dedo mutilado,— estate lista para cuando regrese, tu madre ha escrito rogando que acudas con ella, te llevare al cruce de caminos.

Ya con la puerta abierta y el sol en la cara, goteando minúsculas porciones de sangre de la herida, recordó que necesitaría un diploma de bachiller, ahora que Eulalia no iba a servirle ni de salvaguarda para fingirse iletrado.